

La llave - Miguel Julio Perret

Cuento premiado con el Primer Galardón, en el Certamen Provincial de Literatura “Ema Mosto”, 2007, género Cuento, por la Dirección de Cultura del Gobierno de la Municipalidad de San Nicolás de los Arroyos, entregado el 13 de diciembre de 2007, en la Casa Museo “José Félix Bogado”, Francia 222

Idas y vueltas por el cuarto oscuro que hacia de cocina. La humareda se filtraba hacia fuera por las rendijas de una ventana pequeña que más bien parecía la banderola de un retrete. Doña Rosalía daba saltos y gritos con voz chillona como para ahuyentar a los espíritus.

Por fin, Anselmo, cayó un carpincho en la trampa! Es pelado, de orejas pegadas al cuerpo y panzudo. Ya te lo dije, pronto aparecerá uno atrapado por el traste. Si está entero el capiguara. Decile al Tata y a la Filomena que hoy estamos de jolgorio; comeremos carne sabrosa al asador. Estamos de rechupete, a que bailamos una sanguaraña. Avisale a Pancho que venga pa' este lau con el Bandoneón y todo. Vaya mi'jito hasta el sauzal y tráigame un atado de leña seca.

Al rato, Anselmo, trajo la leña seca y sin que doña Rosalía se lo pidiera, pensó que una ensalada vendría al pelo. Cortó berro fresquito del lado de la zanja, tomates y pimientos de la improvisada huerta y hasta unos cebollines que crecían entre el barro, Anselmo escarbó y escarbó hasta desenterrar unos cuantos de escaso tamaño.

Cuando lo vio llegar, doña Rosalía se secó las manos en el delantal y zás, no pudo con su genio.

-En lugar de traer esas verduras de porquería me hubieras ayudado a limpiar el carpincho. Tenía de todo en la panza: un bagre sapo, unas mojarras, barbas de camalote y un cacho de lagartija escamuda, en fin... Ahí quedan en el suelo las tripas, el hocico, las patas y la cola.

Encendí fuego, le dijo con autoridad. Un sí fervoroso fue la respuesta de Anselmo.

Al cabo de media hora doña Rosalía inquirió: - Fijate si las brasas están a punto.

-¿Y las chispas?, argumentó el pobre diablo.

-Te las metés en el bolsillo, cacareó la vieja, y continuó:

-Abrí che, la parrilla doble, metélo adentro y tengamos paciencia. Lo dejaremos al rescoldo para que largue toda la grasa.

-¿Y la preparación?, preguntó el lerdo Anselmo.

-Que te importa, fue la respuesta de doña Rosalía.

-Bueno... si te secás los mocos en la camisa, te lo digo.

-Le abrí la panza con una cuchilla filosa que me regaló don Cipriano, hace de esto por lo menos veinte años, pero eso harina de otro costal, porque al Cipriano, a quien le tenía tanto cariño, no lo vi más, desapareció de repente, como desaparece una luz mala en el camposanto.

-No lagrimée más, mi títa, apuntó Anselmo, que a usted también se le escapa una vela de las narices.

-La vieja se enojó tanto, que le arrojó un leño encendido que fue a dar en el cuello del tarambana Anselmo.

-Después de todo, te confiaré cómo adobé al carpincho. Le metí por todos lados sal gruesa, pimienta, perejil y ajo picado, rodajas de limón, aros de cebolla colorada –que a mí me gustan tanto-, unas hojitas de salvia, ají molido y unas lonjas de panceta justo en la panza del bicho.

Apareció Filomena, la entenada, por el lado de la enredadera y, frotándose las manos, comentó:

-Esto se está poniendo lindo.

-Lo de “lindo” lo dijo porque vio a Pancho que se acercaba remando cuidadosamente en la canoa “La celosa”, con su hermano Telésforo, picado de viruela y apodado “el perfumao”.

Todo estaba preparado para el almuerzo, el pan recién horneado y una sandía regordeta.

-¿Alcanzará pa' los siete?, murmuró Anselmo, entre dientes.

-Si no alcanza, te jodés vos, replicó la vieja. – con lo que me gustan a mi las sandías.

-¿Y, a la gurisa, que le damos?, consideró Filomena, con sorna.

-De tres años para abajo que se arreglen como puedan, contestó doña Rosalía y, riéndose, enseguida aclaró: -No te preocupes por la gurisa. En la alacena tengo unos cubitos de caldo de verduras para prepararle una sopa riquísima, le agrego unos fideos finos y queso rallado, diez minutos, y listo.

-¡A sentarse! ¡Todos a la mesa!, señores y no tan señores. Total, que más dá.

-Vos, Rosalía, gritó el Tata, siempre con tus salidas irrespetuosas.

-Más irrespetuoso serás vos, chilló doña Rosalía. – Mirá, te salen los dedos por la punta de las alpargatas.

-Que la gurisa se siente en la sillita alta, de paja.

-Güeno, aquí está la sopa.

-Qué bien huele, dijo Filomena, es una delicia, y el tartamudo Pancho, agregó. – Qué qué per per fume, que fra fragancia, qué o o olor, qué tu tufo.

Eso de tufo no le agradó a la vieja: - Al tufo lo llevás vos encima, seguro que el baño te asusta, por si acaso, en el cuartucho de atrás hay un fuentón grandote.

-A esto hay que regarlo con un buen vino, adujo Telésforo, que casi nunca hablaba, a no ser para pedir vino.

-La damajuana de vino suelto está en el aparador bajo llave, porque aquí todos son chupines. La llavecita está colgada detrás de la

puerta, aclaró doña Rosalía. Ese vino clarete es de lo mejor, lo venden en el almacén “Las tres Marías” que está por allá, en el malecón del puerto, río abajo.

-¡Doña Rosalía! ¡La llave no está!, alardeó Telésforo.

-Carajo, como puede ser, a que me la puse en el bolsillo del delantal. No, aquí no está.

-En ese momento, Anselmo hurgueteaba el carpincho con los dedos, después con el pinche y la cuchilla.

-¡Tía Rosalía!, hay una piola en la panza del carpincho, entre la mezclanza.

-¡Quien fuera bruja!, aquí está la llave prendida de la piola.
¡Qué le vamos a hacer!. El carpincho está para chuparse los dedos.